

# Francisco de Borja y Portugal

Enrique García Hernán

Instituto de Historia – CSIC

## Introducción

Uno de los aspectos más interesantes y menos conocidos de la vida de Francisco de Borja es su relación con Juana la Loca, madre del emperador Carlos V. La historiografía, secuela de las biografías-hagiografías que se publicaron con ocasión de su canonización en 1671, ha ensalzado de tal modo su persona que en algunos aspectos ha quedado desfigurada. Ciertamente Francisco de Borja (1510-1572) es un personaje que ha merecido la atención de poetas, pintores, escultores, literatos, historiadores, músicos, políticos... porque dejó en sus contemporáneos una huella imperecedera por su modo de enfrentarse a los problemas de su tiempo, como marqués de Llombay, duque de Gandía, jesuita y general de la Compañía de Jesús y también como especial amigo de Juana la Loca y bien relacionado con Portugal. En este artículo analizaremos la vinculación con el reino luso, y publicamos en apéndice varios documentos relativos a este tema, procedentes del Archivo Romano de la Compañía de Jesús<sup>1</sup>.

En 1496 los Reyes Católicos preparaban un doble enlace entre Juan de España y Margarita de Austria y entre Felipe el Hermoso, señor de los Países Bajos, y la infanta española doña Juana, tercera hija de los Reyes, una joven de 16 años. Doña Juana se casó con Felipe el Hermoso, de 18 años, en Holanda en octubre de ese mismo año. Apenas habían comenzado a convivir cuando doña Juana se quedó sobresaltada por los continuos amoríos de su esposo, y un ataque

---

<sup>1</sup> MHSI, *Monumenta Borgia VI*, (ed. Enrique García Hernán), Valencia-Roma, 2003. Véase también E. GARCÍA HERNÁN, *La acción diplomática de Francisco de Borja al servicio del pontificado, 1571-1572*, Valencia, 2000.

de celos crónico e incurable se despertó en lo más hondo de su alma. Estos arrebatos de celos justificados provocaron que poco a poco perdiera la cordura.

Pese a todo, los hijos fueron naciendo. En 1498 nació Leonor; en 1500, en la ciudad de Gante, dio a luz a Carlos, futuro emperador. En 1516 falleció el rey Fernando el Católico, así que Carlos debía irse a España para hacerse cargo del gobierno.

Con la muerte de Isabel la Católica en 1504 habían arribado a Castilla Felipe el Hermoso y Juana la Loca. El problema principal era la enajenación mental de doña Juana, legítima reina de Castilla, lo cual creaba una situación de inseguridad. No había duda, la reina estaba loca, pues nadie entendía que no quisiera enterrar a su marido y que lo llevase siempre consigo. Para colmo, Felipe el Hermoso había dejado embarazada a su mujer, de modo que doña Juana esperaba un hijo póstumo. La reina dio a luz una hija en Tordesillas en 1507; le puso el nombre de Catalina, en recuerdo de su hermana pequeña que se había desposado con el príncipe inglés Enrique.

Con la llegada de Fernando el Católico en el verano de 1507, el rey ordenó sin dudarle encerrar a Juana en Tordesillas. Esta decisión fue plenamente aceptada por Carlos V. En la cárcel-castillo de Tordesillas quedó la reina bajo la custodia de Bernardo Sandoval y Rojas, marqués de Denia (de 1518 a 1535). Mientras, Fernando el Católico había adquirido protagonismo político con las conquistas africanas de 1508 (Orán, Mazalquivir, Bugía y Trípoli) y la incorporación de Navarra a la Corona de Castilla en 1515.

En 1510 nació en Gandía Francisco de Borja, bisnieto ilegítimo del rey Fernando, hijo primogénito de Juan de Borja, III duque de Gandía. Por tanto, Juana la Loca era tía abuela de Francisco de Borja y entre ellos iba a darse una relación muy especial.

En enero de 1516 falleció Fernando el Católico, dejando como heredero a su nieto Carlos y como gobernador general mientras viviese Juana la Loca. Hasta la llegada de Carlos a España, el regente de Castilla fue el cardenal Cisneros y el de la Corona de Aragón su hijo natural don Alonso, arzobispo de Zaragoza, abuelo materno de Francisco de Borja. Don Alonso (1478-1520) era hijo, por tanto, de Fernando el Católico y Aldonza Roig Yvorra. Este don Alonso tuvo cuatro hijos de su unión ilegítima y sacrilega con doña Ana de Gurrea: don Juan – también arzobispo de Zaragoza a la muerte de su padre –, don Fernando – también arzobispo de Zaragoza a la muerte de su hermano –, Ana – que desposó con el duque de Medina Sidonia – y Juana, que desposó en 1509 con Juan de Borja, padre de Francisco de Borja.

En Tordesillas la reina Juana vivía en un total abandono, tanto que se pensaba que no viviría mucho tiempo, como han resaltado los historiadores Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña (*Doña Juana I en Tordesillas*, Valladolid,

1984) y Manuel Fernández Álvarez (*Juana la Loca*, Palencia, 1994). Nadie sabía cómo iba a reaccionar Juana ante la noticia de la muerte de su padre Fernando el Católico. Los custodios de la real prisionera temían lo peor, de ahí que impidieran su conocimiento. Cuando se enteró, doña Juana preguntó quién era el Regente. Como le dijeron que el cardenal Cisneros, quedó algo tranquila, pero le vinieron dudas y temores, con lo cual demostró que no estaba tan loca; más parece indicar que temporalmente recobraba la lucidez. Cisneros cambió los aires que respiraba la cautiva renovando algunos cargos y al frente de la casa puso a Hernán Duque de Estrada.

Catalina, que tenía nueve años cuando se enteró de la muerte de su abuelo, estaba padeciendo resignadamente las consecuencias de la enfermedad de su madre. Su habitación, cercana a la de la reina, no tenía luz. Pero tuvo una alegría inesperada con la llegada de un sobrino suyo en 1520. Ese año Francisco de Borja fue enviado a Tordesillas como paje de Catalina. Borja recordó siempre que Catalina – tengamos en cuenta que era su tía – fue la primera persona a quien él «sirvió». Catalina era tan sólo tres años mayor que Borja y surgió entre ellos una fuerte amistad que se prolongó toda la vida.

Después de los primeros pasos en su educación, bajo la supervisión de su abuelo el arzobispo de Zaragoza, y tras la muerte de éste, acaecida en 1520 en plena crisis agermanada, Juan de Borja decidió pedir ayuda al cardenal obispo de Tortosa, Adriano de Utrecht, preclaro humanista preceptor de Carlos V y futuro papa Adriano VI (de 1522 a 1523). En Játiva, luchando contra el reducto de agermanados, el duque recibió un saetazo en la cara que casi le cuesta la vida, quedando desfigurado, y llamado a partir de entonces don Juan el de la Saetada. Según el padre de los humanistas españoles, Luis Vives, el golpe fue terrible, quedó sumido en la desgracia, y salió adelante gracias a la ayuda de su esposa.

Fue entonces cuando envió a los dos hijos mayores, Francisco y Alonso, a la corte. Fueron destinados al palacio-cárcel de Tordesillas. No era Tordesillas, sin embargo, un destino cortesano envidiable, como lo habría sido la propia corte del César Carlos, y lo habrían merecido los hijos del duque. De todos modos, Carlos V contó desde el primer momento con la colaboración de los Borja, pues don Francisco entró a servir en la residencia donde vivía Juana la Loca con tan sólo once años. El envío fue precedido y acompañado de misivas de recomendación a diversos nobles: don Enrique de Rojas, gentilhombre de la casa real; don Bernardino Sandoval de Rojas; don Luis de Rojas, su hijo; don Álvaro de Luna, capitán de los continos del rey; don Henríquez de Guzmán, conde de Alba; don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca; don Íñigo Fernández de Velasco, condestable de Castilla y gobernador adjunto.

Juan de Borja escribió al gran canceller Gattinara, al tesorero general, al almirante de Aragón, don Alonso de Cardona; y al duque de Alba, don Fadrique

de Toledo, que era el mayordomo mayor del emperador. Así, pues, a pesar de su corta edad, su padre le había preparado muy bien el terreno para ser perfectamente aceptado y reconocido por los de su misma nobleza.

Carlos había visitado a su madre en noviembre de 1517, pero Borja no estaba allí. En esa primera ocasión pudo hablar largo y tendido con Alonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza (1478-1520), sobre los posibles matrimonios. Juana estaba increíblemente sorprendida por dos acontecimientos: la muerte de Cisneros – acaso por la indiferencia del emperador – y las exequias de su difunto marido, de cuerpo presente.

### **Carlos V y Francisco de Borja**

En 1522, con ocasión del regreso de Carlos V de España –tras visitar Inglaterra, Países Bajos y Alemania–, había llegado a la corte una embajada portuguesa de Juan III. Quería la doble boda de Carlos V con su hermana Isabel y la suya propia con Catalina. Entonces se acordó la boda de su hermana pequeña con el rey portugués, cediendo en un tema importante: la cuestión de la soberanía de las Molucas, asunto que provocará un debate político durante muchos años. A cambio de perder la soberanía, el emperador recibiría una compensación económica. En septiembre de 1522 Carlos V retomó las negociaciones en Tordesillas. Francisco de Borja conoció entonces al emperador, cuando tenía 12 años. Fue testigo de vista de esa reunión familiar, donde se preparó el perdón general para cuantos habían intervenido en las Comunidades, y donde se daba por sentado el enlace de su ama Catalina de Austria con el rey Juan III de Portugal, sacándola así de su entierro en Tordesillas, situación que culminó en noviembre de 1524, en nueva visita del emperador. El pleito con Portugal, que se creía con derecho al monopolio de aquella navegación, no se cerró con el tratado de Zaragoza de 1529, por el que Carlos V cedía sus derechos sobre las islas. Este tratado estaba mal visto por Castilla, porque ese comercio rentaba mucho.

Como Catalina de Austria se casó en 1525 con Juan III, las relaciones entre Castilla y Portugal se acrecentaron, concertando como instrumento político matrimonios endogámicos entre ambas coronas. Así, dos de los nueve hijos de Catalina y Juan III, marcaron a causa de los matrimonios la historia de ambas naciones. María (1527-1545) fue en 1545 la primera esposa de don Felipe, cuyo hijo fue el desdichado don Carlos (1545-1568), y Juan Manuel (muerto en 1554) se desposó en 1552 con Juana (1535-1573), la hija de Carlos V, cuyo hijo póstumo fue Sebastián de Portugal (1554-1578). Estos matrimonios entre primos hermanos arrastraron consecuencias patológicas conflictivas, con temperamentos difíciles para el ejercicio del gobierno.

Una de las «víctimas» de esta política fue Juana. Privada de su hija, la infortunada viuda vivió todavía 30 años más en su palacio. También perdió a don Francisco de Borja, que fue destinado a Zaragoza para proseguir sus estudios junto a su tío el arzobispo Juan de Aragón.

La unión entre ambas coronas tuvo especial importancia por el enlace de Carlos V con Isabel de Portugal en 1526. Proyección de esa política de alianzas fue precisamente el matrimonio en 1529 de una dama de la emperatriz, Leonor de Castro, con Francisco de Borja. De este modo, este matrimonio podía servir para apoyar nuevas alianzas, como ocurrió cuando ambos fueron designados por Carlos V «camareros» de la princesa María y de don Felipe, aunque Catalina de Austria se opuso firmemente a causa del mal carácter de doña Leonor de Castro. Así, Carlos V se encontraba con una fuerte alianza con Portugal, pues su hermana Catalina era entonces reina de Portugal y, en 1529, su esposa – una portuguesa – era gobernadora de Castilla. Carlos V quería dejar bien asegurada la Península para afrontar su tarea como emperador. Posiblemente una de las claves de la expansión española por Europa fue la alianza – neutralidad – portuguesa, algo que se perdió a mediados del siglo XVII y que ya no se volvió a recuperar en toda la Edad Moderna. Pero esa alianza también la quiso ejercer con Inglaterra. Así en 1536, cuando se daba por segura la ejecución de Ana Bolena, se apuntaba también la posibilidad de nuevas negociaciones: Enrique VIII se desposaría con María de Portugal (1521-1577), la hija de Leonor de Austria (1498-1558), y María Tudor (1516-1558) con el infante don Luis de Portugal (1506-1555), hermano de Juan III.

Para mayor impulso de esa política, el enlace de Francisco de Borja vino muy a propósito. Gracias a esto, Borja se relacionó con portugueses que tuvieron importancia notable en el Gobierno de Felipe II, como Ruy Gómez de Silva, pariente de su esposa Leonor de Castro, con Álvaro Carrillo y con Jorge de Melo. Por otro lado, Borja era primo segundo de la emperatriz Isabel, pues ambos descendían de Fernando el Católico, bisabuelo de él y abuelo de ella.

Durante estos años doña Juana siguió con interés todo lo que pasaba en su familia. Francisco de Borja había vivido con ella cinco años, así que ambos se conocían bien, y no debió de sorprender a la reina su enlace con Leonor. Borja siguió entonces una carrera ascendente en el mundo de la política y del gobierno gracias a la ayuda de la emperatriz Isabel, que no dudó en favorecer a sus dos protegidos.

En la Navidad de 1536 el emperador visitó por última vez a su madre. Había logrado en ese año el enlace de Margarita de Austria con Alejandro de Médici; además, Borja había luchado junto a Carlos V contra los franceses en la Provenza. De hecho, Carlos V envió a Borja a Castilla para entregar unas cartas personales a la emperatriz, que provocó en su alma un cambio importante y se

inclinó. Pero en breve tres muertes cambiaron la vida de Borja. La primera, en 1539, fue la de la emperatriz que provocó en su alma un cambio importante y se inclinó a una vida más espiritual. En 1543 falleció su padre, lo que hizo que heredase el título de IV duque de Gandía. La tercera fue la de su propia esposa en 1545, de modo que a los dos meses del trance, decidió hacerse jesuita debido al influjo que había recibido en Barcelona del padre Araoz, guipuzcoano, pariente de Ignacio de Loyola. Antes de ordenarse sacerdote tuvo que dejar a toda su familia – 19 hermanastros y 8 hijos – en una buena posición social, condición exigida por Ignacio de Loyola.

En 1552, Borja, ya jesuita, visitó por propia iniciativa a doña Juana la Loca en Tordesillas. Enseguida afloraron los recuerdos en ambos. Borja sintió lástima, porque no podía hacer nada por ella.

Ignacio de Loyola envió a Borja en misión especial a Portugal en 1553. Allí se encontró de nuevo con Catalina de Austria, su antigua ama. Después de la misión, Borja fue a visitar a Juana la Loca. Ahora acudía allí por deseo de la propia demente, que quería saber cómo se preparaba el matrimonio de don Felipe con María de Inglaterra; y a su vez, don Felipe le había pedido que la consolara en su inminente muerte. Pero el príncipe también quería que Borja librara a Juana de sus locuras, e incluso se pensaba que la prisionera de Tordesillas había caído en la herejía. Carlos y Felipe estaban preocupados. También la princesa Juana pidió la intervención de Borja para que procurase una buena muerte a la reina Juana. En 1554 permaneció junto a la reina dos meses. Podemos seguir sus actividades gracias a tres misivas que envió a don Felipe. Sabemos que Borja fue bien recibido por la reina y enseguida le manifestó las dificultades que estaba atravesando. Decía que las «dueñas» que la acompañaban cuando ella rezaba le quitaban el libro de las manos, le reñían y se burlaban de sus oraciones. Se trataba de una alucinación, y Borja sabía que debía persuadirla psicológicamente, más que negando la visión, insistiendo en que las «dueñas» querían que rezara. Se debe tener presente que una de las «dueñas» de acompañamiento de la reina era la hija de Borja, Isabel (1532-1566), esposa del marqués de Denia, que también servía en el palacio en calidad de contino. Borja tranquilizó a la reina, asegurándole que, si las «dueñas» hacían aquello serían apresadas por la Inquisición bajo la imputación de herejía. La exhortó a renovar su profesión de fe. Ella lo hizo y añadió que deseaba confesarse y comulgar, si le quitaban aquel impedimento. Se dio orden a las «dueñas» de no presentarse al servicio de Juana. En marzo de 1555 la reina cayó gravemente enferma. Sufría crueles dolores y lanzaba gritos que se oían por todo el palacio. No quería ver a nadie, ni siquiera a su nieta Juana. Borja pudo ablandar a la reina, la asistió varias veces, y en sus últimos momentos dice que pudo presenciar cómo recobró la cordura. Borja quedó contento, muy satisfecho de su propia actuación. Expiró el Viernes Santo, 12 de abril de 1555, a las 6 de la mañana. Contaba entonces con 75 años,

de los cuales 48 había pasado en Tordesillas, tras enviudar a los 27. Borja aseguró al emperador, sin género de dudas, que su madre había terminado bien sus días. Sus últimas palabras fueron: «Jesucristo Crucificado sea conmigo».

Al final de su vida Carlos V hizo saber a su antiguo amigo, virrey de Cataluña, que deseaba conversar con él. En octubre de 1556 preguntó por Borja al conde de Oropesa, Fernando Álvarez de Toledo. El emperador deseaba saber por qué no le visitaba. El conde transmitió a Borja aquel deseo. Borja se puso en camino desde Alcalá. Anidaba en su alma no sólo el deseo de encontrarse con su emperador, sino conseguir de él la aceptación de la nueva orden, pues Carlos todavía no veía con buenos ojos a la Compañía de Jesús. Borja aprovechó ese encuentro para informar «muy particularmente» de las cosas de la Compañía.

Carlos quedó tan satisfecho de las explicaciones que no hubo contradicción ni réplica. Borja y Carlos hablaron durante más de tres horas sobre «cosas del servicio de nuestro Señor». Indudablemente hay que entender aquí que tratan de asuntos políticos, lo que ellos entendían por el «bien de la Cristiandad». Vendría a la memoria de ambos cuando trabaron amistad en las Cortes de Monzón, primero en 1537 y luego en 1542. Posiblemente también hablaron de la «Santa Muerte» de doña Juana.

## Felipe II y Francisco de Borja

Las relaciones diplomáticas entre Borja y la monarquía arrancan cuando en 1553 los monarcas le solicitaron que fuera a la corte lusa, y se prolongaron cuando Carlos V en 1557 le encomendó una misión diplomática delicada, situación que en 1571 se repetirá, pero en circunstancias diversas<sup>2</sup>. Entre las actividades apostólicas del padre Francisco se encontraba la dirección espiritual de la princesa Juana – viuda del infante portugués Juan (†1554) –, hermana de Felipe II, que Ignacio recibió en 1555 con los votos de la Compañía que hizo secretamente. Notemos el paralelismo entre Juana princesa-jesuita en secreto y Francisco duque-jesuita en secreto. Fue el resultado natural de una relación de amistad y admiración. La jesuita Juana se debatió entre ser gobernadora de Portugal durante la minoría de edad de Sebastián o gobernadora de España. La segunda opción fue la menos deseada por Carlos V. Sebastián (1554-†1578) quedó en Portugal con su abuela Catalina como regente cuando sobrevino la muerte de Juan III en 1557. La corona portuguesa había sido humillada por la corona castellana. Juana fue gobernadora hasta el regreso de Felipe en 1559;

---

<sup>2</sup> Francisco RODRIGUES, S.J., *História da Companhia de Jesus na Assistência de Portugal*, II, Porto, 1939. Trata superficialmente los aspectos políticos.

Sebastián quedaba separado de su madre por razones políticas beneficiosas a España<sup>3</sup>.

Sebastián era demasiado pequeño para gobernar; la regencia fue un imperativo. Su abuela Catalina de Austria (1507-†1578) se hizo cargo del gobierno. Era una de las mujeres más inteligentes de la Casa de Austria. En 1525 se había desposado con Juan III, con quien tuvo nueve hijos, entre éstos, María, primera esposa de Felipe II, y Juan, que casó con Juana, la hija de Carlos V, cuyo hijo póstumo fue Sebastián<sup>4</sup>. Catalina hizo cuanto pudo para preparar la sucesión de la corona en la persona de Carlos, hijo inadaptado de Felipe II. El César pidió al padre Francisco, a quien esperaba impaciente en Yuste, que sondeara el ánimo de Catalina y si era posible la convenciera definitivamente para que aceptase el plan del emperador: la sucesión<sup>5</sup>.

Carlos V informó a su hijo Felipe que había enviado a Borja a Portugal. Hubo de darle explicaciones, pues ya no era el rey. Debemos tener en cuenta que el embajador de Francia en Portugal debía tratar el casamiento entre una de las hijas de Enrique II con el rey Sebastián. Carlos V pidió al padre Francisco que desviara ese matrimonio y que Sebastián se casara con una de las hijas de la reina de Bohemia, hermana de Felipe.

La misión de Borja ha sido conocida gracias a las cartas que éste envió al emperador<sup>6</sup>. Pero es de más provecho el análisis del encuentro de Borja-Carlos

<sup>3</sup> Sobre la princesa Juana véase Robert ROUQUETTE, *Une Jésuitesse secrète au XVI siècle*, in *Études* 316 (1957), 355-377; Marcel BATAILLON, *Études sur le Portugal au temps de l'humanisme*, Coimbra, 1952, 257-283; Hugo RAHNER S.I., *Ignace de Loyola. Correspondance avec les femmes de son temps*, 2 vol., Paris, 1964.

<sup>4</sup> Catalina de Austria (1507-†1578), hija de Felipe el Hermono y Juana de Castilla, hermana mayor de Carlos V. Félix DE LLANOS Y TORRIGLIA, *Contribución al estudio de la reina de Portugal hermana de Carlos V, doña Catalina de Austria. Discurso leído ante la Real Academia de la Historia, 2 mayo 1923*, Madrid, 1923. C. TORAL, *Mujeres de la familia de Carlos V*, in *España Misionera XIV*, 56-60 (1958) 347-399. Hace referencia a su abuela Isabel, a su madre Juana, a su tía Margarita, a sus hermanas Leonor, Isabel, María y Catalina, a su esposa Isabel, a sus hijas María, Juana y Margarita, y a sus nueras María Manuela y María Tudor. Falta todavía una biografía que ponga de relieve las relaciones Borja-Catalina de Austria. Sobre Sebastián, siguen vigentes las obras de José María Queirós VELLOSO, *Estudios históricos do século XVI*, Lisboa, 1950, y su *Dom Sebastião (1554-1578)*, Lisboa, 1935; Alfonso DANVILA Y BURGUEIRO, *Felipe II y el rey Don Sebastián de Portugal*, Madrid, 1954, 204-228, aunque están bien documentados, especialmente en el AGS, no abordan directamente la participación de Borja.

<sup>5</sup> AGS. E. 128, 323. Carlos a Felipe II, Yuste, 8 agosto 1557, en *Corpus documental de Carlos V*, (ed. por Manuel FERNÁNDEZ ALVÁREZ), 5 vol., Salamanca, 1973-1981, IV, 341.

<sup>6</sup> Las cartas están fechadas el 6 y 12 de octubre de 1557 desde Lisboa. Los originales en AGS. E. 58 y 60. El primero en editarlas fue Louis Prosper GACHARD, *Retraite et mort de Charles-Quint au monastère de Yuste*, 3 vol., Bruxelles 1854-1855, II, 255 y 366; y de él Borgia III, 304-106 y 307-310, pero publicación parcial, pues Gachard omitió la última parte de la carta del 12 de octubre.



V. Es precisamente Carlos V quien lo narra a su hijo Felipe. Respecto a la sucesión en la persona del infante Carlos, Catalina no tenía dificultad y para mayor seguridad publicaría una pragmática que ya estaba aprobada por el consejo real de Portugal. En lo del matrimonio de una hija de Enrique II con Sebastián, la regente Catalina no se había propuesto nada; y en cuanto al matrimonio con una hija de la reina de Bohemia le parecía bien, que era bueno que se llevara a Portugal la candidata siempre que fuera de la misma edad o poca más que la del rey. Una vez terminado el encuentro, Carlos V pidió a Borja que fuera a Valladolid para que diera cuenta de todo a Juana de Austria<sup>7</sup>.

Entre 1559 y 1561 la estancia en Portugal estuvo enmarcada por su refugio en San Fins, un antiguo monasterio benedictino, a las orillas del río Miño, monasterio que en 1548 fue unido al colegio de Coimbra. Su amistad con Catalina de Austria, a quien deseaba servir hasta la muerte, estaba bien asentada. Cuando hubo de acudir a Roma – alejándose así del peligro inquisitorial – envió una misiva a la reina. Ocurriera lo que ocurriera siempre la escribiría, porque se lo debía por los muchos favores recibidos. Eran años duros, por eso observó que, según andaban los tiempos, era preciso que grandes y pequeños despertasen para ayudar a la sede apostólica, tan cercada de enemigos<sup>8</sup>.

Al cabo de los años, Borja se identificó plenamente con el espíritu misionero portugués. Se le llenaba la boca cuando hablaba de las Indias portuguesas, era una de sus mayores alegrías. En un sermón con ocasión de su beatificación se dijo que Borja había nacido para dar vida a Brasil. No es extraño que dijera a la emperatriz María de Austria que sentía gran alegría al saber que en esas tierras se estaba convirtiendo mucha gente gracias a los jesuitas que allí iban como misioneros. Era tanta su alegría que no dejaba de hablar de ello. Además sentía un orgullo especial. Cuando llevó unos cuantos jesuitas destinados al Brasil al papa para que les diera la bendición, el padre Francisco y los demás jesuitas contagiaron el ambiente con el aire misionero que respiraban. El pontífice dijo abiertamente que tenía ganas de irse con ellos por el gran fruto que allí se hacía y por el poco que en Europa se esperaba. Borja en este último punto se lamentaba. Decía, con dolor, que ese poco fruto no era porque el pastor dejara de cuidar las ovejas, sino por haberse éstas vuelto lobos contra su pastor<sup>9</sup>.

---

<sup>7</sup> AGS. E. 128, 331. Carlos V a Felipe II, Yuste, 31 marzo 1558, en *Corpus documental de Carlos V*, IV, 411-415. De esta carta de Carlos a Felipe también trata GACHARD II, lxxi, luego copiada en nota en Borgia III.

<sup>8</sup> AN Tombo. Gabeta 20, maço 15, n.º. 25. Borja a Catalina, Roma, 3 octubre 1561, en *As Gabetas de Torre do Tombo*, X, Lisboa, 1974, 293.

<sup>9</sup> ARSI. Germ. 106, 203. Borja a María de Austria, Roma, 4 diciembre 1566.

Todavía en enero de 1571, justo unos meses antes de partir de Roma, comunicó con gran familiaridad al arzobispo Borromeo que los avisos recientemente llegados sobre las Indias se habían impreso en Roma. Borja le enviaba una copia porque sabía que al ver las noticias se consolaría mucho<sup>10</sup>.

En 1570 Borja pidió una recomendación para un criado de la cámara del papa. Se trataba del portugués Eliseo de Portugal, hermano de Aldonza de Portugal, mujer que fue de Diego de Castro, un soldado que había servido muchos años en África, a quien el rey Juan III le había prometido hacer merced, truncada con su muerte. Diego dejó en la ruina a su mujer e hijos. Eliseo pensaba que Borja conseguiría alguna ayuda para su hermana Aldonza. En efecto, el padre Francisco escribió al padre Cámara, y a su hijo, el embajador Juan de Borja, para que buscaran esa subvención<sup>11</sup>.

Borja pidió a Sebastián algunas mercedes para los embajadores portugueses en Roma. Así con Fernando de Meneses, que favoreció cuanto pudo a la Compañía mientras estuvo en Roma, concretamente un bula para actuar contra los apóstatas<sup>12</sup>. Otra intercesión fue con el doctor Antonio Pinto, de quien dijo que ningún príncipe tenía en la corte romana un agente de más inteligencia y diligencia, y tan especialmente querido por los papas. Pidió para él una pensión de 500 ducados sobre las rentas de un obispado que por esos momentos vacaba<sup>13</sup>.

En los inicios de 1567 había surgido una disputa diplomática en Roma sobre un problema de protocolo respecto a la precedencia de los embajadores portugueses y polacos. Borja pudo comprobar cómo el embajador portugués, gran benefactor de la Compañía, había actuado con diligencia, prudencia, fidelidad y autoridad. Por este motivo, pidió al padre León Henriques que se lo hiciera saber a Sebastián, y otro tanto hizo con el padre Plaza para que se lo manifestara a doña Catalina<sup>14</sup>.

Ya hemos visto cómo el padre Serrano fue el encargado de la misión económica en la provincia de Portugal. En ella se ponen de manifiesto las buenas relaciones que desde tiempo atrás el padre Francisco mantenía con la casa real: el rey Sebastián, la reina Catalina, el cardenal Enrique, Duarte, las infantas doña María y doña Isabel, el obispo de Coimbra, Fernando Núñez Mascarenas, etc<sup>15</sup>.

---

<sup>10</sup> ARSI. Ital. 68, 207. Borja a Borromeo, Roma, 13 enero 1571.

<sup>11</sup> ARSI. Hisp. 69, 24. Borja a Luis Gonçalves, Roma, 28 abril 1570.

<sup>12</sup> ARSI. Hisp. 69, 8. Borja a Gonzalo Álvarez, visitador de India, Roma, 11 enero 1570.

<sup>13</sup> ARSI. Hisp. 69, 7. Borja al provincial de Portugal o Luis Gonçalves, Roma, 11 enero 1570.

<sup>14</sup> ARSI. Hisp. 68, 19. Borja a León Henriques, Roma, 31 enero 1567. ARSI. Hisp. 68, 20. Borja a Plaza, Roma, 31 enero 1567.

<sup>15</sup> ARSI. Hisp. 68, 173. Memorial para el padre Serrano, Roma, 12 octubre 1568.

Borja contó siempre con la ayuda incondicional de Portugal. Es representativo de esa amistad cómo también el papa se hizo partícipe, sin duda porque Borja le refería con frecuencia los grandes éxitos en América y Asia.

El padre Ignacio de Acevedo dejó Portugal para ir a Roma en una misión especial. Una vez en la ciudad eterna, se presentó junto con Borja al papa para comunicarle algunas novedades de máximo interés. Según nos cuenta el propio Borja, el papa quedó admirado, y sobre todo bendecía a Sebastián. Es más, el secretario del papa dijo a Borja que Sebastián era el hijo más amado que tenía entre todos los príncipes cristianos. El padre Francisco también reconocía que Sebastián era algo extraordinario<sup>16</sup>.

### Misión diplomática en Portugal

La misión del cardenal Alejandrino ha despertado entre los historiadores portugueses gran atención; han visto en la actuación de Pío V intereses contrapuestos a los de Felipe II, deseoso éste de apoderarse del reino luso y aquél de fortalecerlo. No pocos han considerado que el rey católico contó con la inapreciable ayuda de algunos jesuitas portugueses, demasiado identificados con las ambiciones castellanas. Tempranamente autores como el jesuita Rebello – maestro que fue de Sebastián –, el cisterciense Brito y el cronista Guerreiro ofrecieron antagónicas y enfrentadas interpretaciones, dando origen a una fuerte polémica<sup>17</sup>. Estas lides no hubieran tenido lugar sin la célebre batalla de Alcazar-

---

<sup>16</sup> «...plugiese el Señor que todos los príncipes tomasen el modo de proceder con el vicario de Cristo...», en ARSI. Hisp. 68, 232. Borja a Sebastián, Roma 20 julio 1568. En el mismo sentido al cardenal Enrique, en Hisp. 68, 232. Sobre Acevedo véase Serafim LEITE S.J., *História da Companhia de Jesus no Brasil*, Lisboa-Rio de Janeiro, 1938-1950, 10 vol. Manuel Gonzalves da COSTA S.J., *Inácio de Azevedo. O homem e o mártir da civilização do Brasil (1526-1570)*, Braga, 1946. Sobre la misión en Roma, véase Serafim LEITE S.J., *O casamento do Rei D. Sebastião e a ida a Roma de Inácio de Azevedo, provincial do Brasil. Carta inédita de San Francisco de Borja*, in Brotéria, 68 (1959), 134-139. Borja confiaba totalmente en Acevedo y a él le pidió en carta «soli» información acerca de los padres Luis Gonçalves, León Henriques y Luis de Torres, que confirmara o desmintiera las acusaciones vertidas contra ellos –demasiado vinculados con el gobierno del Estado– (Hisp. 68, 203-204. Borja a Acevedo, Roma, 23 de febrero 1569).

<sup>17</sup> Amador REBELLO S.J., (1532-†1622), «Relação da Vida del Rey Don Sebastião, o primeiro de este nome e decimo sexto dos reis de Portugal, na qual se trata do seu nascimento, criação, governo, das idas que fez a Africa, da batalha que deu a Muley Maluco, e do fim e do successo della», Lisboa, 1613, (ms. en la B. Ajuda. 49-XII-1, 317-341 y en BN Paris. Port. 8, 297-309), (ed. por Antonio Ferreria de SERPA), Porto, 1925 y por Francisco de Sales de Mascarenhas LOUREIRO, Lisboa, 1978. Amador Rebello responde a Brito. Insidiosas y falsas acusaciones contra los maestros del rey, que impidieron su matrimonio y le llevaron a la muerte en África. Bernardo de

quívir – siempre rodeada del halo de misterio por la desaparición del «Deseado» – con el consiguiente reinado del decrepito cardenal Enrique y posterior anexión castellana tras su esperada muerte<sup>18</sup>.

A mediados del siglo pasado – secuela de la campaña panfletaria pombalina – surgieron autores que para denostar la anexión – «usurpación» – incidieron en la culpabilidad y complicidad de los jesuitas, de suerte que éstos enredaron al inexperto Sebastián inclinándolo hacia Castilla<sup>19</sup>. Sobresale Luís Augusto Rebe-

---

BRITO (1569-†1617) *Copiadas cousas que soçederão en Portugal en tempo de El Rei don Sebastião, tiradas pelo doutor Frei Bernardo de Brito dos mais verdadeiros originaes incertas relações que se pueden aver en cada materia que se trata*, ms. del siglo XVII, en la B. Ajuda. 49-XI-75. Se deben tener en cuenta las observaciones de Joaquim Veríssimo SERRÃO, *Historia Breve da Historiografia Portuguesa*, 60 (1962) sobre el cisterciense Brito, algo fantasioso porque buscaba la autonomía de la patria portuguesa; asimismo Álvaro TERREIRO, *Frei Bernardo de Brito: Historiador profético da resistência (1569-1671)*, Lisboa, 1992, donde resalta su figura de reaccionario. Alfonso GUERREIRO, *Chronica del rei don Sebastião*, ms. del siglo XVII, en la B. Ajuda. 49-XI-73, (incompleta).

<sup>18</sup> La base documental publicada está fundamentalmente en tres obras: *Corpo diplomatico portuguez contendo os actos e relações politicas e diplomaticas de Portugal com as diversas potencias do mundo desde o século XVI até nossos dias. Relações com a Curia Romana*, (ed. por A. FERRÃO), Lisboa 1677-1678. Diogo Barbosa MACHADO, *Memórias para a História de Portugal que comprehendem o governo d'el Rei D. Sebastião, único em o nome e decimo sexto entre os Monarchas portuguezes*, 4 vol. Lisboa, 1736-1751; y António Caetano de BARROS Y SOUSA, *História genealógica da casa real portuguesa, desde a sua origem até o presente, com as familias illustres que procedem dos reys, e dos serenissimos duques de Bragança, justificada com instrumentos, e escritores de inviolavel fé, e offerescida a El-Rey D. João V, nosso senhor*, Lisboa occidental 1753-1748, (reed. en Coimbra, 1947). No contamos con la correspondencia diplomática del colector pontificio, posiblemente estaría en el desaparecido archivo Bonelli de Florencia, (*La correspondance des premiers nonces permanents au Portugal 1532-1553*, 2 vol., (ed. Charles-Martial de Witte) Lisboa, 1980-1986, 359-408). Sobre el rey véase: Joaquim Veríssimo SERRÃO, *Dom Sebastião a luz dos seus itinerarios*, Lisboa 1964. Joaquim de Moura-RELVAS, *El-Rei Dom Sebastião. Ensaio biológico*, Coimbra, 1972. António Belard da FONSECA, *Dom Sebastião. Antes e depois de Alcaer-Quibir*, Lisboa, 1978. Joaquim Veríssimo SERRÃO, *História de Portugal*, vol. III, *O século de ouro*, 1495-1580, Lisboa, 1978. Francisco de Sales de Mascarenhas LOUREIRO, *Una Jornada ao Alentejo e ao Algarve: a alteração das linhas de força da politica nacional*, Lisboa, 1984. Fernando J. Bouza ÁLVAREZ, *Portugal en la Monarquía Hispánica (1580-1654). Felipe II, las cortes de Tomar y la génesis del Portugal Católico*, 2 vol., Madrid, 1987. António de OLIVEIRA, *Poder e oposição politica em Portugal no periodo filipino (1580-1640)*, Lisboa, 1992. António Cândido FRANCO, *Vida de Sebastião*, S.J., 1993. Miguel Ángel de BUNES IBARRA – Enrique GARCÍA HERNÁN, *La muerte de D. Sebastián de Portugal y el mundo mediterráneo del siglo XVI*, in *Hispania* 187 (1995), 447-465. Enrique GARCÍA HERNÁN. *La armada española en la monarquía de Felipe II y la defensa del Mediterráneo*, Madrid 1995.

<sup>19</sup> En la guerra de panfletos no dudaron en exagerar las opiniones de algunos eclesiásticos que les fueron hostiles en los inicios, el obispo de París Bellay, el obispo de Toledo Silíceo y el teólogo Melchor Cano. Claude MICHAUD, *Un anti-jésuite au service de Pombal: l'abbé Platel*, in *Pombal Revisitado. Comunicações ao colóquio Internacional organizado pela Comissão das Comemo-*

llo da Silva, que no duda en la implicación de Borja al defender a los hermanos Câmara. En resumen, los jesuitas se aprovecharon de la debilidad de carácter del cardenal Enrique y en él se apoyaron para la implantación y desarrollo de la inquisición y expansión de la nueva Orden facilitando la peligrosa cercanía castellana<sup>20</sup>. Pero este autor no utiliza la documentación original, sino crónicas, – precisamente las que de antemano rechazaban a los jesuitas –, lo cual le hace sospechoso de proyectar sus prejuicios. Todavía más mordaz es la crítica que hace el conde de São Mamede que, si bien utiliza documentos originales, acentúa demasiado el papel dominante de Felipe II sirviéndose del «siniestro» Luis Gonçalves da Câmara<sup>21</sup>.

Los primeros cronistas de la Compañía de la provincia de Portugal – Baltasar Telles y Antonio Franco –, rechazaron de plano toda suerte de culpabilidad de los hermanos Câmara en el fiasco matrimonial de Sebastián; y, por supuesto, que la Orden secundara los deseos anexionistas de Felipe II<sup>22</sup>. Las

---

*rações do 2º Centenário da Morte do Marquês do Pombal*, I, (dir. por Maria Helena Carvalho dos SANTOS), Lisboa, 1984, 387-403. Claude-Henri FRECHES, *Pombal et la Compagnie de Jesus. La campagne de pamphlets*, in *Revista de História das Ideias. O Marquês de Pombal e o seu tempo*, Coimbra, (1982), 299-327. *Retrato dos jesuitas feito ao natural*, Lisboa, 1761. Una de las copias de la célebre carta de Catalina a Borja del 8 de junio de 1571, en la que implica exageradamente la culpabilidad de Câmara, circuló libremente con una apostilla: «sin más instrucción que la simple reflexión de esta tan cristiana como humildísima carta, escrita por una reina a un general de una mínima Compañía de religiosos, podría inferir el más ignorante en las artes históricas cómo aún estando en manillar esta religión se presentaba al mundo con el espíritu de invasión y de dominarlo todo en capa de religión, y que no han interrumpido hasta nuestros tiempos. Sólo nos queda el consuelo de que ya *recepterunt mercedem suam*», (BN Lisboa. ms. 30, 212).

<sup>20</sup> Visconde de SANTAREM, *Quadro Elementar das Relações políticas e diplomaticas de Portugal con as diversas potencias do mundo*, Paris-Lisboa, 1842-1860. Luís Augusto Rebelo da SILVA, *Quadro Elementar das relações políticas e diplomáticas de Portugal com as diversas potencias do mundo desde o seculo XVI até os nossos dias*, XVI, Lisboa, 1858.

<sup>21</sup> SÃO MAMEDE, *Don Sébastien et Philippe II, exposé de négociations entamées en vue du mariage du roi de Portugal avec Marguerite de Valois*, Paris, 1884, dice: «Mais il faut vouer a l'exécution de la posterité le sinistre «théatin» qui ne sut inspirer a son royal disciple que le fanatisme du sectaire et l'abstinence insensée du moine, et qui, exploitant à son profit l'influence que son caractère sacerdotal avait su gagner sur son pénitent a préparé au Portugal soixante ans d'humiliant vasselage», 98-99.

<sup>22</sup> Baltasar TELLES S.J., *Chronica da Companhia de Jesus na provincia de Portugal*, 2 vol., Lisboa, 1647, II, 714, dice: «das murmuraçoens que havia contra o padre Luis Gonçalves, mostrase o pouco fundamento que tinham, e apontase a causa das queixas que entam havia no reyno». Antonio FRANCO S.J., *Synopsis Annalium Societatis Iesu 1540-1725*, Augusta, 1726, 92-98, dice que Luis Gonçalves era inocente porque Borja no hizo nada para retirarle cuando se ofreció a ir a la India o al Brasil. No entra en el problema Fortunato de ALMEIDA, *História da Igreja em Portugal*, Coimbra, 1912, tomo III, parte I, 431-462, Companhia de Jesús (utiliza básicamente a Telles y Franco). Dauril ALDEN, *The Making of an Enterprise. The Society of Jesus in Portugal 1540-1750*, Stanford, 1996, II Expansion 1542-1615 (no recoge estas tensiones).

figuras de Luís Gonçaves da Câmara y de Francisco de Borja durante la misión pontificia en Portugal han sido parcialmente estudiadas a causa de los inquietos espíritus independentistas y turbulentos años que rodearon a la Compañía hasta su supresión. Después se revisaron ligeramente los planteamientos, pero tanto uno como otro permanecieron desleídos, tangenciales a los problemas de fondo, apoyándose por lo general en las crónicas y no en los documentos originales<sup>23</sup>. Modernamente se ha tratado este asunto con más ecuanimidad, así autores como Rodrigues – quizá apologista en exceso –, Cereceda y Léon Bourdon han sentado la cuestión en su justo lugar: se ha de revisar la documentación original. En cualquier caso, gracias a este clima de sosiego la polémica ha desaparecido, tanto que el *Dicionário de história de Portugal* dedica una sola página a Luís Gonçaves da Câmara. Gracias a historiadores como Queiroz y Danvila conocemos algo más de su interesante existencia<sup>24</sup>.

Por nuestra parte, hemos utilizado los manuscritos del secretario del cardenal Alejandrino, el humanista Venturini, y una relación anónima portuguesa de menos valor. Nos ofrecen datos que siguen siendo anecdóticos, pero en algún caso despiertan cierto interés. Venturini refiere que Sebastián se había retirado a la vida privada, casi religiosa, con sólo cincuenta servidores, permaneciendo lejos de la nobleza para huir del fasto. No mostraba grandeza ni tampoco dejaba a sus vasallos que la ostentaran. Todos decían que se dejaba influir demasiado por el «consejo de los Apóstoles», como llamaban a los jesuitas con quienes conversaba asiduamente. Aseguraba el humanista que el rey les había dado ocho

---

<sup>23</sup> Diogo Barbosa MACHADO, *Memórias para a história de Portugal, que comprehendem o governo d'el Rei D. Sebastião, único em o nome e decimo sexto entre os Monarchas portuguezes*, 4 vols., Lisboa Occidental, 1736-1751. III. H. LÄMMER, *Zur Kirchengeschichte des 16 und 17 Jahrhunderts*, Freiburg, 1863. Alexandre Herculano de Carvalho e ARAUJO, *Controversias*, VII, Lisboa, 1884, 52. Antonio SÁNCHEZ MOGUEL, *Reparaciones históricas*, Madrid, 1894. Charles HIRSCHAUER, *La politique de St. Pie V en France (1566-1572)*, Paris, 1922, 86-92. José María Queiroz VELLOSO, *D. Sebastião (1554-1578)*, Lisboa, 1935, 151-187. Alfonso DANVILA, *Felipe II y el rey don Sebastián de Portugal*, Madrid, 1954, 204-215. Francisco de Sales Loureiro de MASCARENHAS, *O. Pe. Luis Gonçaves da Câmara e Dom Sebastião*, Coimbra, 1973 y su *Don Sebastião ante e depois de Alcazar Quivir*, Lisboa, 1978.

<sup>24</sup> GEBP V, 560-561. Francisco RODRIGUES S.J., *História da Companhia de Jesus na Assistência de Potugal*, II, Porto, 1939, cap. III, pero no toca directamente el problema del matrimonio. Feliciano CERECEDA S.J., *Responsabilidade [de Luis González da Câmara (1519-1575)] en la rota de Alcazarquivir (1578)*, in *Razón y fe*, 123 (1941) 163-253. Léon BOURDON, *L'ambassade de João Gomes da Silva en France et la rupture des pourparlers de Mariage entre dom Sabastião et Marguerite de Valois*, in *Bulletin des études portugaises et de l'Institut Français au Portugal*, 20 (1958), 6-86. José María Queiroz VELLOSO, *D. Sebastião (1554-1578)*, Lisboa, 1935, 151-187. Alfonso DANVILA, *Felipe II y el rey don Sebastián de Portugal*, Madrid, 1954, 204-215. DHP, I, 440. El DHGE, 21, 571-573, dedica a Câmara unas correctas, aunque pobres, orientaciones.

mil escudos de pensión. Creía tanto en ellos que de hecho el gobierno estaba en sus manos. Recalcaba que quien gobernaba de verdad era Martín Gonçalves da Câmara, ayudado secretamente por su íntimo Ruiz. Había aglutinado el poder reduciendo los cuatro consejos – Portugal, África y Berbería, Algarbe, e India – a uno solo, sometido a su voluntad. Los nobles portugueses se sentían agraviados, y aunque el reino permanecía tranquilo y cristianamente gobernado, no aprobaban que los religiosos se entrometieran en el gobierno. El único que tenía cierta influencia era Martín Pereira, pero acabó sucumbiendo al poder de Martín Gonçalves da Câmara. Todos vivían con gran modestia, llevaban casi vida religiosa. Los grandes y los nobles, y en general todos los vasallos, temían la justicia real, pues Sebastián era celosísimo en lo referente a la inquisición, concretamente contra los cristianos nuevos, pues muchos estaban tornando al judaísmo<sup>25</sup>.

Hechas estas advertencias por un observador aparentemente neutral como Venturini, debemos recurrir a las instrucciones que Alejandrino portaba para mejor negociar en Portugal, verdadero ideario político y resumen de cuanto había llegado a la secretaría pontificia. Contenían orden expresa de seguir el parecer de Borja; es más, debía comunicar todo con el general de los jesuitas, gobernándose según su consejo, que hablara sólo con quienes él determinara<sup>26</sup>. Los intereses pontificios giraban en torno a tres ejes principales: que el rey entrara en la Liga Santa, que se casara con Margarita de Valois y que la reina Catalina de Austria no abandonara el reino. Se debe tener presente que ya antes Sebastián se había excusado de entrar en la confederación por falta de efectivos militares, aunque felicitó gallardamente por su conclusión a los interesados<sup>27</sup>.

Para que entrara en la confederación, el legado emplearía argumentos mesiánicos, cuyo telón de fondo sería una nueva Cruzada, acabar con el común enemigo, el tirano infiel, conquistar nuevos reinos, especialmente los más vecinos a los lugares santos, y si era posible, Jerusalén. La razón era bien sencilla:

---

<sup>25</sup> Giovanni Battista VENTURINI, «Del viaggio del Cardinale Alessandrino legato alli serenissimi Rè di Francia, Spagna et Portogallo», (BAV. Bar. Lat. 5216 y 5250). «Verdadera relación de lo que hizo el cardenal Alejandrino en 1571», (BN Lisboa. ms. 8570). «Verdadeira relação do recebimento que se fez em Lisboa ao card. Alessandrino no anno de [15]71», (BN Paris. Port. 8, 120-124). Sobre la fuerte presión que la inquisición portuguesa sometía a los conversos son aclaradores los informes que la secretaría pontificia tenía sobre este asunto, véase: ASV. Fondo Pio, 131, 56-64. Algunos aspectos se pueden encontrar en António BAIÃO, *Episódios Dramáticos da Inquisição Portuguesa*, Lisboa, 1936-1953, vol. I., (reed. en 1972).

<sup>26</sup> ASV. Miscell. Arm. II, 82, 392-393. En las instrucciones dice: «Conferirete il tutto co' il sudetto P. Generale, governandovi secondo il suo consiglio, parlando con chi a sua paternità reverenda parerà a proposito et espediente».

<sup>27</sup> ASV. Principi 31, 319, 14 agosto de 1571.

tratándose de un rey tan cristiano, se le debía recordar que el verdadero reino es el celestial, y lo obtendría si ganaba para la cristiandad el sepulcro del Señor, realizando su papel de capitán de Cristo, idea subyacente y sublimada durante su educación. En cuanto al matrimonio, Alejandrino debía hacer lo que le sugiriese Borja, y hablar antes con él que con ninguna otra persona, pues era el mejor informado. Se debía insistir en que tal enlace era para el beneficio de Portugal y de la cristiandad. Respecto a Catalina de Austria, Borja llevaría la voz cantante.

Las instrucciones son bien claras respecto a la causa de los desórdenes del reino. Carga las tintas sobre los Câmara, dos hombres sin ninguna experiencia, que habían llevado el reino a la desesperación, a punto de reclamar otro gobierno. Las grandes ventajas de los vasallos eran que amaban a su rey y mantenían una fuerte devoción a la sede apostólica. Comenzaron a romperse estos vínculos cuando brotaron las diferencias entre el cardenal Enrique y Catalina de Austria. Pretendió arbitrar Felipe II por medio del duque de Feria, pero la paz duró poco. El cardenal dio órdenes confusas y los ánimos se soliviantaron. El padre Luís Gonçalves da Câmara se adueñó – *«impatroni»* – del rey, de manera que junto al cardenal gobernaba el reino, pero, poco a poco, se hizo señor absoluto de la situación apoyado por su hermano Martín, a quien entregó el cargo de escribano de la puridad, el más importante. Así los dos hermanos, codo con codo, controlaron todo el reino, sin consejeros, sin el cardenal, sin Catalina, sin el rey<sup>28</sup>.

Los informes que Felipe II tenía en su mesa de trabajo eran del mismo tenor. Las causas de los males radicaban en las tensiones familiares y en el excesivo poder del padre Câmara. El embajador Juan de Borja tenía el encargo, – según vimos cuando analizamos sus instrucciones – de neutralizar al confesor, pero siempre con discreción. Para la consecución del matrimonio debía hablar llanamente con el cardenal Enrique y con el padre Câmara. En resumen, los documentos son unánimes, las tensiones nacían por la acción de los hermanos Câmara, apoyados y protegidos por el cardenal Enrique.

### **Espectro político-religioso de la corte lusa**

Cuando Borja enfiló el camino hacia Portugal sabía que residiría pocos días en la corte lusa, que después de mesuradas conversaciones volvería inme-

---

<sup>28</sup> ASV. Miscell. Arm. II, 82, 392-393. «Instruizione di quanto havrà da trattarsi con el Serenissimo Re di Portugallo».



diatamente a Roma. Ya estaban aparejadas en Tortosa las galeras del conde de Benavente que habían de llevarle a Civitavecchia<sup>29</sup>. Durante el apresurado viaje el repertorio de sus recuerdos se activaría, se agolparía en su memoria la misión – en la que casi perdió la vida – que le encomendó el emperador en 1557, la de casar a Sebastián con una de las hijas del rey de Bohemia. Vendrían a su mente sus encuentros con el difunto infante Luis, hermano de Juan III, que quiso ser jesuita tras el nacimiento de su hijo natural don Antonio, futuro prior de Crato – que tantos disgustos dará a Felipe II –, pero Borja consintió que hiciera sólo votos privados de castidad y pobreza<sup>30</sup>. Había visto cómo la familia real había ido desapareciendo; de los demás infantes hijos de Manuel el Afortunado sólo quedaban María, soltera y rica, pero sobre todo leída, hija de la difunta Leonor – hermana de Carlos V, tercera y última mujer de Manuel el Afortunado –, y los tres descendientes del infante don Duarte: María, casada con Alejandro Farnesio; Catalina, casada con el duque de Braganza, y Duarte, gran amigo de Borja<sup>31</sup>.

Antes de seguir adelante, debemos decir que la política de anexión en tiempos de Juan III era mutua, y provenía ésta de Manuel el Afortunado, deseoso de la unión de las dos coronas por medio de matrimonios familiares, una larga cadena de enlaces entre primos hermanos que a juicio del doctor Gregorio Marañón rozaban el incesto<sup>32</sup>. Fue Juan III quien buscó coronas para todos sus hijos, quiso que fuera elegido papa alguno de sus hermanos, emprendió una decidida política expansionista. Por consiguiente, en tiempos de Carlos V, Castilla veía con recelo a Portugal, mientras que en tiempos de Felipe II, al periclitarse la corte lusa, ocurrió lo contrario. Dentro del mismo reino portugués se daban dos tendencias, una antihispánica capitaneada por el cardenal Enrique, la otra prohispanica conducida por Catalina; en medio quedaba Sebastián, que desde el principio prefirió seguir los pasos de su tío y no los de su abuela. Catalina buscó ayuda en Felipe II, Enrique en los nuevos cargos cerca del rey, entre los cuales

---

<sup>29</sup> Borgia V, 646-647. Francisco de Borja a Nadal, Talavera, 19 noviembre 1571.

<sup>30</sup> Gabriel de CASTILLA S.I., *Discurso sobre la vida del B. P. Francisco de Borja*, Jerez de la Frontera, 1625. Borgia III, 96-97; 160-161; 315; 439. Antes hubo de romper con su amante judía, Violante Gómez, conocida como la Pelicana.

<sup>31</sup> Sobre la situación política nacional e internacional António Belard da FONSECA, *Dom Sebastião*. Lisboa 1978 y Achille PELLIZARI, *Portogallo e Italia nel secolo XVI*, Napoli, 1914, 204-219. Sobre las relaciones con Alejandro Farnesio, Renato LEFEVRE, «*Madama*» Margarita d'Austria (1522-1586), Roma, 1986. Sobre la infanta María, hija de Manuel el Afortunado, Fr. Miguel PACHECO, *Vida de la serenísima infanta D. María, hija del rey D Manuel, fundadora de la insigne capilla de Nuestra Señora de la Luz*, Lisboa, 1675. Carolina Michaëlis de VASCONCELLOS, *A Infanta D. Maria de Portugal (1521-1577) e as suas damas*, Porto, 1902, y Lisboa, 1994.

<sup>32</sup> Gregorio MARAÑÓN, *Antonio Pérez. El hombre, el drama, la época*, Madrid, 1946, 2 vol. I, 320.

se encontraban algunos jesuitas. Durante esta transición –de 1569 a 1571– la Compañía jugó un papel importante, no se vio exenta de críticas de un lado y de otro. Contemporáneos como el secretario de Alejandrino, Venturini, y el cronista Guerreiro cargaron la culpabilidad de los desórdenes del reino no en el padre Câmara, sino en su hermano Martín. Es más, según el cronista, la causa de la negativa al matrimonio de Sebastián se encontraba en éste y no en aquél<sup>33</sup>.

El cardenal Enrique era el último superviviente de los infantes, presunto heredero de la Corona; clérigo a los catorce años, a los veintidós arzobispo de Braga, a los veintisiete inquisidor general de Portugal, en 1540 primer arzobispo de Évora, en 1545 cardenal, y por poco – la eficaz oposición de Carlos V – papa. En recompensa, Pío IV lo nombró legado *ad latere* en Portugal. Este personaje fue el verdadero problema de Catalina de Austria, su cuñada, que siempre encontró en él un antagonista en lo referente a la educación de Sebastián. Borja no podría olvidar lo benévolo que se había mostrado el cardenal con la Compañía. Recordaría cuando en 1562 – justo al dejar la regencia – ordenó a su embajador en Roma, Álvaro de Castro, tomase el cuidado de los intereses de la Orden en la curia romana, como antes lo hiciera Lorenzo Pérez de Távora. Tendría presente a Antonio Pinto, secretario de los dos anteriores embajadores y del nuevo, Juan Tello de Meneses, que también mantuvo una actitud muy favorable hacia la Compañía, especialmente con Borja<sup>34</sup>.

Era consciente de que no debía actuar remilgada y melindrosamente. Durante el camino, junto al compás del traqueteo, iría menudeando la abundante y gravísima información que le había entregado su hijo en la corte española. Debía tener en cuenta lo que el rey le había manifestado, pero, sobre todo, tendría presente el objetivo prioritario, aquello que más deseaba el pontífice: que la reina no abandonara Portugal. Borja veía en Catalina la viviente reliquia de los gloriosos tiempos del emperador, mujer inteligentísima, acostumbrada desde la cuna a la tristeza y a la soledad acompañando a su madre Juana la Loca en Tordesillas. Consolada por Borja cuando sirvió a la demente madre del empera-

---

<sup>33</sup> Quienes mejor han analizado estas dos tendencias han sido José María Queiroz VELLOSO, *Don Sebastião*, cap. XIII y Alfonso DANVILA, *Felipe II*, cap. XVII. Alfonso GUERREIRO, *Crónica del Rei D. Sebastião*, S. XVII, está incompleta, (B Ajuda. 49-XI-75).

<sup>34</sup> Mario SCADUTO S.I., *I tre viaggi di San Francesco Borgia (1550-1572)*, in *Civiltà Cattolica* 123 (1972), 4, 423-234. También, pero con poca relevancia, José Vaz de CARVALHO S.J., *As viagens de San Francisco de Borja a Portugal*, in *Cidade de Evora* 29 (1972), 5-12. José María Queiroz VELLOSO, *O reinado do Cardeal D. Henrique. A perda da independência*, Lisboa, 1946. En la BN Lisboa. ms. 441 hay mucha documentación sobre Sebastián, entre los años 1568 y 1572, pero el código se haya en mal estado y no me ha sido posible consultarlo.

dor, Catalina no alcanzó la felicidad merecida por su matrimonio con Juan III. Habían nacido nueve hijos, peso sólo sobrevivieron dos, María primera mujer de Felipe II y Juan, esposo de Juana de Austria, cuyos respectivos hijos fueron el desdichado Carlos y el desafortunado Sebastián, ambos producto de primos hermanos. En fin, la vida de Catalina era un drama y se proyectaba sobre una lúgubre corte, circundada de túmulos reales<sup>35</sup>.

Tenía para sí que habría muchas dificultades en una corte tan intrincada, envuelta en una maraña de enredos, disimulaciones y envidias familiares. Los Câmara parecían controlar la política del Estado manipulando la vida doméstica, urdían para desprestigiar a Catalina, y eso no lo podía tolerar. Amén de las muchas y graves circunstancias de la misión, sabía que se encontraría con la natural altivez del joven Sebastián, de encumbrada alcurnia, pero un basilisco, según ya le había informado su confesor el padre Câmara.

El panorama político portugués era lamentable, y uno de los motivos era la división entre los nobles, abonada por la intromisión de los hermanos Câmara. La nobleza estaba representada por el duque de Braganza, el duque de Barcelos su hijo, el duque de Coimbra, el duque de Villareal y muchos condes y marqueses. Las cuatro órdenes militares – Santiago, Alcántara, Calatrava y de Cristo – cuyo gran maestro era el rey, se repartían unas mil encomiendas. Según el enterado obispo de Silves, Jerónimo Osorio, la causa del desdichado estado se debía a la mala actuación de los hermanos Câmara. Ya en 1571, poco después de la marcha del enviado pontificio Luis de Torres, el obispo Osorio había entregado al padre Câmara una larga carta en la que enumeraba todas las desgracias de la monarquía. En suma, el reino estaba afligido y desconsolado, se encontraba en su peor momento, sin justicia, sin orden, la nobleza dividida, el clero descontento, un rey tan deseado como Sebastián odiado por muchos, algunos le consideraban peor que a Pedro el Justiciero (1320-1367). Todo porque había hecho voto de obediencia a su confesor. Afirmaba sin paliativos que al alentar al cardenal Enrique el nombramiento de Martín Gonçalves da Câmara como escribano de la puridad, le entregó de hecho el reino. Ahora el gobierno era prácticamente absoluto, de suerte que lo consideraban un tirano. Para colmo, el pueblo hablaba mal de la Compañía, creyendo que se estaba enriqueciendo

---

<sup>35</sup> Sobre Catalina de Austria (1507-†1578) véase Francisco de Fonseca BENAVIDES, *Rainhas de Portugal*, Lisboa, 1879, vol. II, 3-34. Sobre Juana de Austria véase José MARTÍNEZ MILLÁN, *La familia real y grupos políticos: la princesa doña Juana de Austria (1535-1753)*, in *La corte de Felipe II*, (dir. por José Martínez Millán), Madrid, 1994, 73-106. Juan CARRILLO, *Vida de la princesa doña Juana*, Madrid, 1616. Luis FERNANDEZ DE RETAMA, *Doña Juana de Austria*, Madrid, 1955.

con los favores reales. Osorio aconsejó al padre Câmara que se alejara del rey, que no habitara con él en palacio, que no le permitiera llevar ese ritmo de vida porque su salud se quebraba; en definitiva, que se separara de él. Puso algunos ejemplos de confesores reales. Fray Pedro de Soto dejó de confesar a Carlos V y fray Juan de Chaves hizo lo mismo con Juan II, siempre por el bien de sus reinos. Por otro lado, debía acatar al papa y favorecer el matrimonio del rey con Margarita, no ya sólo por obedecer y por estar a bien con los otros reinos y pacificar la cristiandad, sino porque convenía a su salud y porque era bueno para el reino. ¿Qué iban a pensar en todas partes si no se efectuaba el enlace? La culpa sería siempre del padre Câmara, así que lo mejor que podía hacer era conminar al rey a su desposorio y retirarse junto con su hermano Martín lejos del monarca. Detrás estaba una actitud política de fondo muy importante; la Compañía parecía estar sirviendo a la corona de Castilla, en vez de favorecer la independencia del reino de Portugal<sup>36</sup>.

La sede apostólica contaba entonces en Portugal con un colector pontificio, Flaminio Donati d'Aspra, encargado de recoger los expolios eclesiásticos, las décimas y el dinero de san Pedro. Desgraciadamente no se conserva su correspondencia, así que no podemos contar con sus datos, probablemente interesantes<sup>37</sup>. Si contamos, empero, con un informe de un italiano para la secretaría pontificia que no está tan lejos de la opinión de Osorio; aunque no entra en los problemas propiciados por los Câmara. Expone de forma sucinta todo lo referente al reino: posición geográfica, posesiones, realeza, nobleza, milicia, navegaciones, órdenes militares, ciudades importantes, mercado, ingresos, gastos, etc. Para el agente pontificio, las tensiones políticas eran graves. Enervados

---

<sup>36</sup> Jerónimo OSÓRIO (1506-†1580), presbítero de la diócesis de Viseu, obispo de Silves (1564-1580), estudió en Salamanca, eruditísimo. En 1592 se publicó en Roma su *Opera Omnia*. Sobre este personaje véanse: E. G. Aubrey BELL, *O Humanista Dom Jerónimo Osório*, Coimbra, 1933; Francisco Elías de TEJADA, *Las doctrinas políticas de Jerónimo Osorio*, Madrid, 1945, y João FERREIRA, *A noção de sabeloria em Jerónimo Osório (†1580)*, in *Itinerarium* V, 26 (1959), 395-411. Prueba de la importancia de la carta citada son las tres copias contemporáneas que se conocen: AN Tombo, Gabeta 24, B Ajuda, 51-VI-36, BN Lisboa. ms. 887, 126-132. Jerónimo Osorio a Luis Gonçalves da Câmara, 1571. La carta fue publicada en Jerónimo OSÓRIO, *Cartas inéditas do Bispo de Silves, don Jeronymo Osorio*, Lisboa, 1818, 16-20. También escribió a Catalina para que se quedara en el reino: Osório a Catalina, Silves, 7 febrero 1571; Catalina a Osório, Lisboa, 22 febrero 1571.

<sup>37</sup> Charles-Martial de WHITTE O.S.B., autor de *La correspondance des premiers nonces permanents au Portugal 1532-1553*, 2 vol., Lisboa, 1980-1986, I. Introdução, cap. VII. Intérêt historique de la correspondance des premiers nonces permanents au Portugal, 359-408, sugiere que la correspondencia de Flaminio Donato d'Aspri (1562-1574) podía estar en el desaparecido archivo Bonelli-Crescenzi. Una relación de Portugal de Aspri en 1571 en ASV. Secr. Bre. 16, 409-414. Hace referencia al deseo de Catalina de Austria de abandonar el reino.

por las luchas intestinas estaban en peligro de ser invadidos por Castilla, de modo que los portugueses eran enemigos acérrimos de los castellanos. El rey adiestraba una milicia importante, pero no estaba bien organizada, por lo que hubo de pedir la ayuda de expertos observadores militares, concretamente de Italia, Francia, Alemania y sorprendentemente también de España. Para el oficial pontificio el lenguaje portugués era una jergonza; nada anecdótico, pues lo cierto era que el informe resultaba negativo respecto a los portugueses<sup>38</sup>.

El contrapunto de ese lamentable año de 1571 lo ponen las disposiciones militares, las letras y la gran categoría de muchos de sus obispos. Se acababa de imprimir por orden real una ley muy importante, inspirada por el secretario real Cristóbal de Moura. Las naves mercantes debían ir bien armadas, de modo que prácticamente se convertían en navíos de guerra, garantizándose así la seguridad de las mercancías<sup>39</sup>. Habían visto la luz en esos momentos dos obras de humanistas de gran prestigio, una del obispo Jerónimo Osorio, otra de fray Luis de Granada<sup>40</sup>. El ambiente cultural era óptimo, Luis de Camões acababa de componer su célebre «*Os Lusíadas*», poema épico cantando las glorias del pasado, asumido como símbolo del pueblo portugués y que tuvo una increíble proyección sobre España<sup>41</sup>. Un amigo del poeta, el soldado Diogo de Couto, escribía otro clásico de la literatura portuguesa, «*O soldado práctico*», denunciando las vergüenzas presentes<sup>42</sup>. Pese a que sólo destacaban las universidades de Coimbra y Évora y los recientes colegios de los jesuitas en Lisboa, Coimbra, Évora y

---

<sup>38</sup> ASV. Miscell. Arm. II, 74, 78-81. Informe del reino de Portugal, 1571. Curiosamente, todavía en abril de 1572, el embajador español en Saboya avisaba alarmado que Sebastián había pedido a Emanuel Filiberto «algún hombre práctico para instruir una nueva milicia en su reino». Enviarían al militar Juan Antonio de Plasencia, italiano que había estado siempre al servicio de los franceses (AGS. E. 1233).

<sup>39</sup> Alfonso DANVILA Y BURGÜEÑO, *Don Cristóbal de Moura, primer marqués de Castel-Rodrigo (1538-1631)*, Madrid, 1900. *Ley de como han de ir armados os navios que destes reinos navegarem*, Lisboa, 1571.

<sup>40</sup> Jerónimo OSORIO, *De rebus Emmanuelis regis Lusitaniae*, Olysiopone, 1571. Fray Luis de GRANADA, *Collectanea moralis philosophiae... sententias ex omnibus Senecae operibus ex moralibus opusculis Plutarchis*, Olysiopone, 1571. Sobre fray Luis de Granada (1504-†1588), véase María Idalina Resina RODRIGUES, *Fray Luis de Granada y la literatura de espiritualidad en Portugal (1554-1632)*, Madrid, 1988. *Epistolario*, (recopilación y notas de Álvaro Huerga), Córdoba, 1989. *Obras completas*, Madrid, 1994. Durante la visita de legado, Cesare Spaciano (†1607), un milanés agente de Carlos Borromeo, protonotario apostólico, se entrevistó con fray Luis de Granada por iniciativa de Borromeo, para animarle a que publicara los sermones latinos que de tiempo atrás preparaba, y que enviara a Milán sus inéditas homilias comisionadas tiempo atrás por Borromeo, en Álvaro HUERGA, O.P., *Fray Luis de Granada y San Carlos Borromeo. Una amistad al servicio de la restauración católica*, in *Hispania Sacra* 9 (1958), 299-347.

<sup>41</sup> Eugenio ASENSIO, *La fortuna de «Os Lusíadas» en España (1572-1620)*, Madrid, 1973.

<sup>42</sup> Diogo de COUTO (1542-†1616), *O soldado práctico*, Lisboa, 1572, (edición moderna Lisboa 1954).

Braga, se respiraba por todo el reino un aire humanista. Entre los maestros del rey se encontraban hombres de alto nivel, como el jesuita portugués Amador Rebello, encargado de que el monarca tuviera una bella escritura. Este jesuita escribió una relación de la vida del rey que resulta de gran interés<sup>43</sup>. Otro maestro fue, esta vez español, Francisco de Monzón, quien dedicó a Sebastián precisamente en 1571 un libro que ya compuso e imprimió en 1544, el «*Espejo del príncipe cristiano*»<sup>44</sup>. El secretario de la reina Catalina era el maestro Francisco Cano, biblista, literato y esclarecido teólogo<sup>45</sup>. Destacaban otras figuras como el agustino fray Luis de Montoya – durante algún tiempo confesor del rey –, los juristas Manuel da Costa y Tomás Rodríguez de Vega.

Desde el punto de vista de la jerarquía eclesiástica se encontraban hombres de gran valor, como el arzobispo de Braga, Bartolomé de los Mártires, el arzobispo de Lisboa Gregorio de Almeida, el arzobispo de Évora Juan de Melo, el obispo de Viseu Gregorio de Athaide, el obispo de Guarda Juan de Portugal, sobrino de Juan III; sobresalían otros ilustres eclesiásticos que participaron en Trento, como Juan Suárez obispo de Coimbra y Gaspar de Casal obispo de Leiria. Fue Bartolomé de los Mártires uno de los obispos que más favoreció a la Compañía, concretamente al colegio de San Pablo en Braga, centro de mayor difusión de cultura teológica, concretamente de santo Tomás<sup>46</sup>.

---

<sup>43</sup> Sobre la universidad de Évora véanse: Fernando de Castelo BRANCO, *As Origens da Universidade de Evora, in A Cidade de Evora*, 16 (1959), n.ºs. 41-42; y la voz homónima de Baltasar Alvares S.J., (1561-†1630) en la GEPB, II, 198. La biografía en Amador REBELLO S.J., (1538-†1622), «*Relação da vida de Rey Don Sebastião, o primeiro de este nome e decimo sexto dos reis de Portugal, na qual se trata do seu nascimento, criação, governo, das idas que fez a Africa, da batalha que deu a Muley Maluco, e do fim e do sucesso della*», Lisboa, 1613, B Ajuda. 49-XII-1, 317-342 y otra copia en BN Paris. Port. 8, 297-309. Se trata de una «canonización» del rey, que supo asumir la admirable educación de sus confesores los padres Cámara y Mauricio. Véase sobre este personaje Josef FRANZ SCHÜTTE S.I., *Documentos sobre el Japón conservados en la colección «cortes»*, in BRAH, 147 (1960), 23-60, 32.

<sup>44</sup> Alvaro TERREIRO, *Un pedagogo espanhol na corte portuguesa do século XVI: Francisco de Monzón e os seus Tratados de Educação de príncipes*, Salamanca, 1972. Maria de Lurdes Correia FERNANDES, *Francisco de Monzón, capelão e pregador de D. João e de D. Sebastião*, in *Lusitania Sacra*, 2ª Serie, III (1991), 39-70.

<sup>45</sup> Antonio AGUILAR Y CANO, *El maestro Francisco Cano*, in *Revista de Archivos, y Bibliotecas y Museos*, 20-21 (1909), 161-181; 354-370; 24-47; 191-207; 434-449, y 22-23 (1910), 186-197. Cano fue obispo de Silves (1589-†1593).

<sup>46</sup> Manuel Augusto RODRIGUES, *D. Frei Bartolomeu dos Mártires e o colégio de S. Paulo de Braga*, in *Lusitania Sacra*, 10 (1978), 100-133. En 1560 el obispo hace entrega del colegio a la Compañía, en 1564 se funda la cátedra de teología, en 1570 se conceden pensiones sobre algunos monasterios. También se debía favorecer el colegio de San Antonio de Lisboa. Sobre el peso político de los obispos en ese momento, Federico PALOMO, *La autoridad de los prelados postridentinos y la sociedad moderna. El gobierno de don Teotomio de Braganza en el arzobispado de Évora (1578-1602)*, in *Hispania Sacra* 47 (1995), 587-624. Sobre los portugueses en Trento véase: José de CASTRO, *Portugal no Concílio de Trento*, 6 vol., Lisboa, 1944-46.

Los padres jesuitas confesores reales también eran de gran prestigio e ilustre prosapia. El padre León Henriques (1522-†1589) era nieto de Enrique Henriques, señor de Alcáçovas, y de Felipa de Noronha, de la casa de los Gonçalves da Câmara, y así primo de los hermanos Câmara. Natural de la isla de Madeira, acompañó a su primo Luis Gonçalves da Câmara a París. Estudió cánones y conoció a los compañeros de Ignacio. Fue admirado por Martín de Azpilcueta, el doctor Navarro. Llegó a ser rector del colegio de Coimbra y de la universidad de Évora, y desde 1562 provincial y confesor del cardenal Enrique. Luis Gonçalves da Câmara (1519-†1575), era hijo de Juan Gonçalves da Câmara, capitán de la isla de Madeira, y de Leonor de Vilhena, hija del conde Prior, mayordomo de Manuel el Afortunado. Después de graduarse como maestro en artes en París, volvió a Portugal e inició los estudios de teología en Coimbra. Desde 1548 participó en la asistencia religiosa de los portugueses en el norte de África, y entre 1553 y 1555 vivió en Roma en íntima comunicación con Ignacio. En 1559 fue encargado de la educación de Sebastián y de su dirección espiritual. Luis Gonçalves da Câmara contaba con destacados jesuitas: Amador Rebello, profesor de escritura del rey, Gaspar Mauricio Serpe, que le sucederá como confesor real, Juan de Castro, uno de los veedores de hacienda, que años después pasó a ser capellán mayor. El sacerdote secular Martín Gonçalves, antiguo rector de la universidad de Coimbra y desde 1569 escribano de la puridad en sustitución de Alcoçava, se apoyaba en su epígono Ruiz, secretario particular. Había entre León Henriques y Luis Gonçalves da Câmara fácil comunicación, pues además de ser parientes y pertenecer al estamento nobiliario, habían conseguido una buena formación humanística. El confesor de Catalina, el padre Miguel de Torres, muy unido a Borja por una larga amistad, no parecía tener la misma trabazón con los otros dos respecto al discurso político-religioso que ejercía Luis Gonçalves da Câmara con la anuencia de León Henriques, pues claramente transgredía los márgenes de la mera dirección espiritual<sup>47</sup>.

Por último, había más que sospechas de la impotencia de Sebastián, lo cual tenía unas repercusiones importantísimas. El embajador Juan de Borja había ido informando detalladamente al rey sobre todos los aspectos que rodeaban su extraña enfermedad. Felipe II sabía desde seis años antes que su sobrino podía ser impotente. Pasado el tiempo, cuando el rey contaba con diecisiete

---

<sup>47</sup> En la correspondencia jesuítica de los primeros tiempos, a León Henriques se le llama –y él mismo firmaba– «don Leão». La congregación general de 1565 prohibió el uso de tal «nomen honorificum». Sobre los confesores reales véase: João Francisco MARQUES, *Confesseeurs des princes, les jésuites à la Cour de Portugal*, in *Les jésuites a l'âge barroque, 1540-1640*, (dir. par Luce Girad et Louis de Vaucelles S.I.) Grenoble, 1996, 213-228, Buena síntesis, pero no utiliza fondos inéditos.

años, los informes eran unánimes: Sebastián era impotente. Sobre este delicado asunto debemos tener en cuenta tres aspectos. En primer lugar, a juicio del doctor Gregorio Marañón, el rey se mostraba esquivo con las mujeres a causa de la educación recibida, pero la presunta enfermedad – si acaso se puede llamar así – radicaba en una alteración nerviosa que le producía timidez sexual, que tan plásticamente describieron los embajadores españoles e incluso el jesuita Rebello. Otros médicos han considerado que el rey padecía uretritis crónica que no le impediría la generación<sup>48</sup>. El segundo aspecto es que el padre Câmara se había mostrado preocupado por salvaguardar la integridad moral del rey, aconsejándole que se casara – según él mismo había comunicado a Borja –, así que no parecía observar las dificultades que otros veían, sino más bien lo contrario<sup>49</sup>. Al mismo tiempo, todos ponderaban extraordinariamente la pureza del rey, de modo que quedó en el pueblo y en la inmediata historiografía sublimada esta virtud<sup>50</sup>. Por último, los médicos contemporáneos observaron que el rey necesitaba una cura, concretamente que fuera continente, para lo cual veían absolutamente necesario que no se casara hasta que cumpliera los veinticinco años. Detrás estaban tres sospechas, a saber: que le pasaría lo mismo que a su padre, que murió de los excesos en la luna de miel; que estaba inclinado a la incontinencia y su naturaleza era débil, y finalmente – son sus palabras – «que cuando con estas razones se junta la experiencia que vimos en el príncipe [don Carlos], que Dios tiene, conviértesenos este temor en temblor». En la mente de los médicos estaba el exagerado abuso cometido por el malogrado hijo de Felipe II persiguiendo por Alcalá a la hija del alcade y otras muchas locuras que determinaron su fatal desenlace. Pero este no era el único caso que recordaban, también llevaron a su memoria lo sucedido con Francisco II que casó con quince años con María Estuardo y murió tempranamente<sup>51</sup>.

Nos encontramos con noticias contradictorias difíciles de armonizar, cuanto menos de resolver. Puede ocurrir que se hiciera correr la idea de que el rey era más potente de lo que se pensaba, reconociendo que era algo débil, para dejar claro que habría descendientes, pero más adelante, parando así las habladurías y evitando el matrimonio con Margarita. El telón de fondo era presentar

---

<sup>48</sup> Gregorio MARAÑÓN, *Antonio Pérez*, Madrid, 1946, I, 324. Alfonso DANVILA, *Felipe II y el rey don Sebastián de Portugal*, 131-144.

<sup>49</sup> ARSI. Lus. 64, 98-99. Luis Gonçalvez a Borja, Sintra, 17 septiembre 1570. «... que yo no trataba más de que casase el rey para seguridad de alma y de su reino».

<sup>50</sup> Baltasar TELLES S.J., *Chronica da Companhia de Jesus na provincia de Portugal*, Lisboa, 1647. Antonio FRANCO S.J., *Synopsis Annalium Societatis Iesu 1540-1725*, Augusta, 1726.

<sup>51</sup> AGS. E. 389, 77. «Capítulo de un regimiento que se hizo para que S. A. viviese muy sano».



a un rey celoso de su pureza, maliciosamente interpretada en principio, idealizada luego. Y esta es probablemente la verdad, a pesar del apasionamiento que envolvió su vida y envuelve todavía su memoria, cuya impotencia amenaza y amenazará sobre él.

Nadal se había entrevistado con Borja en abril de 1561 para ultimar la solución, que era llevarle a Roma y confiarle el puesto de asistente que dejaba vacante el padre Luis Gonçalves da Câmara, destinado a Portugal para ocuparse de la educación de don Sebastián. Para no suscitar sospechas se consiguió que Pío IV llamase a Borja para ocuparle en asuntos de la Iglesia. Borja llegó sano a Roma, en su bolsillo llevaba 1.500 ducados entregados por su hijo el duque don Carlos para sufragar gastos. En España quedó herida su fama, tanto en la corte como entre sus propios compañeros. Borja tenía que empezar de nuevo en Italia. En ese mismo año salían a la luz en Italia sus tratados espirituales vertidos al italiano. Sabía que en España le había quedado una asignatura pendiente, recuperar el favor real, favor que recuperará en 1571, un año antes de morir<sup>52</sup>.

### **Borja y los toros**

Pero la cuestión no quedó zanjada. En Portugal las «*touradas*» eran con rejoneadores, por consiguiente no había tanto peligro, pero sin embargo también fueron prohibidas. Siete meses después de la salida de Borja de la corte lusa, Sebastián se acordó de que habló al legado secretamente sobre este tema, según las precauciones que Borja le había indicado. Quería una concesión pontificia para que en Portugal se pudieran realizar «*touradas*». Así pues, le escribió para que al llegar a Roma no se olvidara de este su deseo y lo solucionara cuanto antes. El embajador luso en Roma, Juan Tello de Meneses, debía comunicarse con Borja y tratar de llegar a una solución rápida con la ayuda del secretario Antonio Pinto y del cardenal Alciati. Sebastián creía que su petición era justa, además Borja aprobó un memorial sobre este asunto, es decir, no tenía inconveniente alguno para no presentar al papa esta súplica. El rey creía que Borja era el principal intercesor y valedor ante el papa para representarle y defenderle, así que bastaba con hablarle o escribirle y todo sería concedido. Pero quiso recordarle las razones de su petición, toda vez que en el solio se sentaba un nuevo pontífice. En primer lugar, que durante las corridas no habría nadie a pie sino todos a caballo y protegidos, por si caían al suelo, y con garantías para poder montar de

---

<sup>52</sup> Borgia IV, 546. Carlos de Borja a Francisco IV de Borja, Gandía, 12-13 noviembre 1566. Borgia III, 632. Breve *Pastoralis Officii sollicitudo*, Roma 10 octubre 1560.

nuevo sobre el cuartago; y la segunda, que en Castilla estaba autorizado, aunque no sabía sin con dispensa o sin ella. En definitiva, le proponía que con brevedad expusiera a Gregorio XIII la súplica y las razones, pues con su intervención no se cruzaría ninguna dificultad<sup>53</sup>. Pero cuando Borja recibió esta carta junto a una instrucción del embajador luso no estaba para negociar, sino metido de lleno en unos dolorosos achaques que consumían su vida. En cualquier caso, queda para la historia este curioso aspecto costumbrista de la época sebástica: su afición a las «*touradas*», que pocos años después casi le cuesta la vida<sup>54</sup>.

Al menos Borja, su hijo Juan y Catalina habían cumplido uno de los objetivos de Felipe II, a saber: dejar claro que él no quería conducir el matrimonio de su sobrino. Para Juan de Borja gracias a esta posición real, Sebastián había tomado alas para poner como condición una dote casi imposible, para que por medio de la lógica dilación Margarita de Valois se casase con Enrique de Navarra. Borja así lo creía también, de modo que el último día, en el último momento, preguntó a Sebastián si estaba decidido de verdad a casarse. Pronunció un solemne sí. No obstante, Borja permaneció dubitativo.

Como Juan de Borja estaba persuadido de que no se casaría con Margarita, hablando confidencialmente con su padre salió en la conversación que si el enlace no se efectuaba en breve, en menos de un año, el rey se casaría en Portugal con Juana de Castro, dama de Catalina. Tanto uno como otro sospechaban que el rey estaba enamorado de esta señora, verdadera amiga de Juan de Borja. Lo cierto era que días antes la desconocida amante se lo había dado a entender al embajador y éste a Catalina, pero ambos rieron considerándolo un disparate – detrás estaba la impotencia real –, pero ahora, después de hablar sosegadamente con su padre, Juan de Borja no dudó de las posibilidades de Sebastián, al menos con esa privilegiada señora.

El embajador quiso salir de dudas. Su padre le dijo que no era tanto como sospechaba, aunque algo había. Quiso saber si la dama había salido entera después de sus encuentros con Sebastián, así que concertó una cita secreta con su amiga y confidente. Ella le dio cuentas de sus «trabajos», es decir, que el rey la tenía tanta «afición» que ni la dejaba casarse ni dar con sus gracias tras las rejas de un convento. Inmediatamente se lo comunicó a Catalina, y aunque él antes lo tenía por imposible, locura, ahora con las palabras de su padre más la

---

<sup>53</sup> ARSI. Ext. 27, 143-144. Sebastián a Borja, Lisboa, 10 julio 1572. ARSI. Ital. 143, 310-312. Juan Tello de Meneses a Borja, Roma, 21 agosto 1572.

<sup>54</sup> AGS. E. 392, 85. Juan de Borja a Felipe II, Lisboa, 23 abril 1574. «El domingo pasado tuvo el rey toros en Salvatierra, y queriendo torear a caballo, aunque tenía el toro los cuernos un poco serrados, conforme a la condición con que el papa le dio licencia para correrlos, le hirió el caballo, ... el rey cayó..., el toro no pasó adelante».

confirmación de la reina no había ninguna duda: el rey era sujeto capaz para el matrimonio. Importantísima noticia de largo alcance que frenaba los ímpetus anexionistas. Sebastián estaba guardando con sumo secreto esta relación amorosa, pero en el fondo ésta no era la razón para poner dificultades a su matrimonio. Había intereses subyacentes mucho más importantes, bien conocidos por Borja y su hijo. Primero, el haberle robado su tío la novia, Ana de Austria; segundo, los intereses hispánicos en los enclaves norte-africanos cercanos a las posesiones portuguesas, concretamente la amistad con El Malek, sultán de la dinastía Saadiana de Marruecos<sup>55</sup>. Para neutralizar esta situación, el diplomático florentino Francisco Giraldi, al servicio luso, trataba de llegar a un acuerdo comercial con Inglaterra<sup>56</sup>.

Uno de los puntos que Borja trató con Sebastián – al margen de la legación – fue la consecución de una importante ayuda económica para Juana de Austria. Había recibido en Madrid clara indicación de la hermosísima hija de la emperatriz Isabel I de hablar con el rey acerca de este asunto. Debía actuar con fuerza y convencimiento. La agraciada princesa había abrazado en 1568 una vida solitaria en la corte, había visto morir a sus seres queridos, el desdichado

---

<sup>55</sup> AGS. E. 389, 80. Juan de Borja a Felipe II, Lisboa, 24 diciembre 1571. Que Sebastián enjugara en el amor de una sola mujer la timidez de su persona no era por nadie conocido, de ahí que el embajador enviara la información de su puño a las manos reales para ser vista únicamente por él. Con respecto a África, en 1494 Alejandro VI procedió a la división del Magreb entre Portugal –reino de Fez– y Castilla –reino de Tremecén–. En 1541 el caudillo saadiano arrebató a los portugueses la plaza marroquí de Agadir y en 1553 la de Fez. Los saadianos buscaron apoyo en los estados cristianos tras el ataque de los marabuts, auxiliados de los turcos. Después de la muerte de Mohamed se abrió un período de tensiones entre los herederos, y uno de ellos, El Malek, parecía hacerse dueño de la situación, apoyado en parte por Felipe II contra los intereses de Sebastián. Portugal poseía plazas en Ceuta, Tánger y Mazagán. Véanse León GALINDO Y VARA, *Historia, vicisitudes y política de España respecto de sus posesiones en las costas de África, desde la monarquía gótica y en los tiempos posteriores a la Restauración hasta el último siglo*, Madrid, 1884, (ed. facsimil, Málaga, 1993). Ferdinand BRAUDEL, *Les espagnols et l'Afrique du Nord de 1492 à 1577*, in *Revue Africaine*, 69 (1928), 184-233; 351-410. Enrique GARCÍA HERNÁN, *La armada española en la monarquía de Felipe II y la defensa del Mediterráneo*, Madrid, 1995. Para los aspectos ideológicos de esta presencia Miguel Ángel de BUNES IBARRA, *La imagen de los musulmanes y del norte de África en la España de los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1989.

<sup>56</sup> Sobre este personaje véase la voz homónima en DHP, II. Era de familia italiana establecida en Portugal, se granjeó una fortuna gracias al tráfico marítimo. Fue embajador en Inglaterra (1571-1578) y en Francia (1579-1581) y en 1587 gobernador del Brasil. Sobre su actuación para la consecución del tratado con Inglaterra, véase Manuel FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II, Isabel de Inglaterra y Marruecos. Un intento de cerco a la Monarquía del Rey Católico*, Madrid, 1951, y Virginia RAU, *Un grande mercador-banqueiro em Portugal, Lucas Giraldi*, in *Estudos de História*, I, Lisboa, 1968, 75-129. Sobre el comercio inglés con Marruecos, lugar donde los ingleses querían entrar pero no así los portugueses véase: Thomas Stuart WILLIAM, *Studies in Elizabethan Foreign Trade*, Manchester, 1959, especialmente «English trade with Morocco», 93-312.

Carlos, la feliz Isabel de Valois, el piadoso duque de Feria, ahora se refugiaba con sus amadas clarisas de Madrid en las Descalzas Reales, pero no por eso se despreocupó de granjearse una buena posición económica. Borja debía conseguir una importante partida para que pudiera testar conforme a lo que era, madre de un rey. Habló a Sebastián de tal modo que quedó convencido para entregar a su madre lo que él le pidiera. Luego habló a los Câmara, les ordenó que trataran este asunto con sumo interés y lo concluyeran rápidamente. El secretario Polanco quedó encargado de ultimar los detalles, pero equivocadamente dejó escrito al padre Câmara que Borja había pedido seis cuentos, cuando en realidad eran ocho. Se arregló rápidamente, pero la reacción de Câmara es muy significativa por el celo con que miraba las cosas que se referían a Portugal: comunicó a Borja que a Juana le podían bastar seis y no ocho, pues lo que conseguía era una suma importantísima, 12.000 cruzados, cuando la emperatriz Isabel, siendo quien era, no pudo testar tanto<sup>57</sup>. Los ecos de Nadal, cuando supo esta noticia, fueron muy expresivos; comunicó a Araoz, el jesuita de la corte, que Montoya –nombre en clave de Juana de Austria– habría perdido la frialdad que mostraba –especialmente con Araoz– después de haber entendido «el buen oficio y efecto hecho en Portugal»<sup>58</sup>.

Algunos nobles pidieron a Borja que les consiguiera de la Santa Sede ciertas dispensas. Hubo de enviar a Roma dos memoriales sobre este asunto y, aunque quiso evitarlo, no pudo debido a que eran personas muy significadas. Borja observó que si con muy moderada diligencia no se obtenían, no había para qué fatigarse demasiado, pues no se pedían sino por respeto a tales personas<sup>59</sup>.

Unos días antes de dejar Lisboa, Borja –de consuno con el legado– entregó al rey un memorial de sumo interés. Hacía referencia a los puntos que había tratado con Catalina, es decir, debía hacer lo posible para curarse de su enfermedad, que tuviera guardia personal porque los herejes, –ingleses que andaban merodeando– le podían matar; debía dejarse ver por sus vasallos, que buscara mejores consejeros, que solucionara las tensiones con los comendatarios de las órdenes militares, que conjugara la justicia con la misericordia, y que tratara mejor a su abuela<sup>60</sup>. Ahora ya estaba todo hecho, tan sólo faltaba acudir cuanto antes a negociar en Francia. Las naves que le esperaban en Tortosa quedaban ya demasiado lejos, su horizonte más inmediato era atravesar sano y salvo la frontera con Francia.

---

<sup>57</sup> ARSI. Lus. 64, 260. Luis González a Borja, Almeirim, 15 febrero 1572.

<sup>58</sup> ARSI. Hisp. 69, 104. Nadal a Araoz, Roma, 20 junio 1572.

<sup>59</sup> Borgia V, 652. Borja a Nadal, Lisboa, 12 diciembre 1571.

<sup>60</sup> Corsini 505, 38. «Memoriale dato al Re di Portogallo alli 11 di dicembre 1571».

## Despedida

Alejandrino y Borja se despidieron satisfechos de la corte lusa el 14 de diciembre. Dirigieron codo con codo sus pasos de nuevo a Madrid para luego ir a toda prisa a Francia<sup>61</sup>. Atrás dejaban intrincadas negociaciones, sudores y desvelos, continuos ajeteos, el reino poco complacido, el embajador y la reina disgustados porque Borja había actuado con demasiada blandura y suavidad; es decir, había un sentimiento de tramoya, algo había quedado oculto, como suspendido en el aire. Borja hubo de actuar como un funámbulo, pasar por la cuerda floja superando las presiones tanto portuguesas como castellanas, complacer a Catalina sin provocar una posible escisión entre los jesuitas portugueses seguidores de Câmara, servir al legado sin perjuicio de la propia Orden, en fin, delimitar los linderos de cada una de las competencias. Al menos se habían conseguido ciertas gracias, al secretario Pedro de Alcoçava se le levantó el destierro al que le tenía sometido el rey, una merced para una dama de Catalina, y su secretario Francisco Cano recibió promesa de que en la primera vacante se le daría una buena pensión, todo por contentar a la melancólica reina<sup>62</sup>. Además, el rey parecía dar órdenes importantes, nombró a don Duarte su capitán general para la armada de la liga. Pero el embajador recelaba, barruntaba que la armada serviría para recuperar la plazas fuertes que abandonaron en África, y estaba persuadido de que el rey iría en persona<sup>63</sup>.

En fin, una vez ido, Borja quedó lleno de paz, transida de pasado y pensamiento, lo pretérito y el devenir se unían intensamente. Como hablaría con el rey

<sup>61</sup> Algunos agentes diplomáticos observaron que Alejandrino no quiso aceptar dos joyas que el rey le regalaba, de un valor de 25.000 escudos. Sólo aceptó algunos vasos. Felipe II y Espinosa le ofrecieron ropa por valor de 1.200 escudos y una credencia de plata de 25.000 escudos, pero no aceptó, (HH StA. Italian Kleine-Staaten, 14, 76. Avisos de Portugal, 19 enero 1572). Como veremos, con gran disimulo se llevó mucho más.

<sup>62</sup> Sobre Alcoçava véase E. ANDRADE., *Relações de Pero de Alcáçova Carneiro, conde de Idanha, do tempo em que ele e seu pai, Antonio Carneiro, serviram de secretários (1515-1568)*, Lisboa, 1937.

<sup>63</sup> BN Paris. Port. 8, 124-126. «*Da armada que se fez neste reino o anno de 1572 de que era geral o Sr. D. Duarte*». Asimismo, 174-175. «*Do que se fez e hordenou luego como se foi o cadeal Alessandrino*». Hacen referencia a los armamentos; es un documento extraído de un libro de Pedro Rodríguez Suárez. También recelaba el embajador en Roma, Juan de Zúñiga, probablemente por la información remitida por Teutonio de Braganza acerca de los aprestos del rey para la empresa africana (AAE. SS. 39, 45. Almerimi, 25 abril 1572). En Madrid los temores no eran menores, todo se tenía por locura («...era temerse que el rey de Portugal quisiese ir en persona a Berbería, lo cual le parecía al prior [Antonio de Toledo] disparate,... y se debía temer no quisiere con furor y mocedad dar con la cabeza en alguna parte... sería bien que S.M. le escribiese... no intetase cosa semejante», BL. Egerton 2047, 288. Gracián a Zayas, Escorial, 26 mayo 1572).

español, era seguro que en la conversación saldría el enconado matrimonio. Era cierto que Borja había negociado con Sebastián sobre este particular con verdadero interés y ahínco; pero, con todo, no había podido encaminar el matrimonio a los razonables intereses. Una vez consiguió que no pusieran tal condición, pero los dúctiles consejeros se lo desbarataron. Fue en ese momento cuando comprendió – a juicio del embajador – el mal estado del gobierno luso<sup>64</sup>. Una de las disposiciones más importantes y secretas de Sebastián fue informar de todo a su embajador en Francia, Juan Gómez de Silva. Le pidió que en cuanto Borja llegara a la corte gala le dijera claramente que tenía orden de ayudarle en la consecución de los objetivos, especialmente le debía comunicar todas sus ocurrencias para evitar el matrimonio de Enrique de Navarra. Pero incluía una cláusula muy dura: además de la confederación de Francia, se debía obtener la aceptación de los límites geográficos de las posesiones ultramarinas portuguesas y castigar los «insultos pasados», es decir, a los hugonotes<sup>65</sup>. Catalina, implacable, quiso dar cuenta de lo que sabía a Felipe II. Quedaba satisfecha porque Alejandro y Borja habían entendido la raíz del mal y habían asegurado que dejarían para mejor tiempo el remedio, pero no podía ocultar su tristeza por no haber actuado decididamente. Tras recibir pacientemente todos los consejos, optó por quedarse en el reino, principalmente porque creía que con su presencia el matrimonio se efectuaría antes<sup>66</sup>.

---

<sup>64</sup> AGS. E. 389, 81. Juan de Borja a Felipe II, Lisboa, 24 diciembre 1571. AGS. E. 389, 78. Puntos de cartas de Juan de Borja al rey, Lisboa, 24 diciembre 1571.

<sup>65</sup> BN Lisboa. ms. 887, 142-145. Sebastián a Juan Gómez de Silva, Lisboa, 3 enero 1572, publicado por Edgar PRESTAGE, *Novas Informações sobre a Embaixada de João Gomes da Silva em França*, in *Revista de História*, 6 (1917), 354-356. Sobre las relaciones luso-galas véase Luís de MATOS, *Les portugais en France au XVIe siècle. Études et documents*, Coimbra, 1952, cap. V. Relations diplomatiques, 253-303. Sobre Juan Gómez de Silva véase el trabajado estudio de Léon BOURDON, *L'ambassade de João Gomes da Silva en France et la rupture des pourparlers de mariage entre dom Sebastião et Marguerite de Valois*, in *Bulletin des études portugaises et de l'Institut Français au Portugal*, 20 (1958), 6-86.

<sup>66</sup> AGS. E. 389, 79. Catalina a Felipe II, Xabregas, 24 diciembre 1571.

**Apêndice documental***ARSI. Hisp. 69, 49r (registro)*

Francisco de Borja a Sebastián de Portugal

Roma, 3 agosto 1570

Al padre Luis Gonçalez escrivo sobre un negocio que deseo que trate con V. A. por mí sobre una merced que de su real mano pretiendenla alcançar un cavaliere romano a quien toda la Compañia en estas partes [está] muy obligada. Espero que V. A. tomará a bien atreverme yo a suplicar esto, dándome osadía para ello la liberal y real voluntad que en V. A. tengo entendida para hazernos toda merced. Cuya muy alta y muy poderosa persona para bien universal de su santa Iglesia Dios Nuestro Señor prospere. De Roma los 3 de agosto 1570.

*. ARSI. Epp. Ext. 27, 143r-144v (original)**Sebastián de Portugal a Francisco de Borja*

Lisboa, 10 julio 1572

Padre Francisco. No tempo que aqui estivestes con o legado me alembra que lhe falei a conções dos touros, ante mim somente, e da maneira que a [e]le e vos disse, por os resguardos necesarios de maneira que nao avera causa, porque se defenderão con tanta razão tenendo vos a informação e o mais que se me ofrecio a este intento, porque de novo instava a conções deles. Pareceme que me disestes que como dezia nao podia aver escrupulo en que tanto vos parecia o que dezia eu que sendo vos principal intercesor con o papa para se defenderem con ó que me ouvireis o scriveis con a mesma intancia para se me concederem. Entendi porem a disposição que tivestes nao poderdes chegar a Roma a tempo de poder desfazer o ofizio que vos encomendei; as razeos que en razeo ha para não aver duvida, são as que vos lembrarão. O que particularmente peço he poder aver touros sem aver neles jente de pe se não os moços de estribeira dos de cavallo e pincos, porque estes como sabeis são muito necesarios para se se cae o de cavallo, ter que lhe tome o cavallo, e nisto e en tudo avera o resguardo se como digo necesario. Otem soube acaso avelos em Castela, não sei se con despenções se sen ela. Emcomendovos a brevidade e a instancia, que creio, entendendo o papa de vos a materia, aia pouca dificuldade. Da indisposição que tivestes, tive o sentimento conforme ao contentamento de chegardes a Roma bem. Não podera avere recompença da morte do papa passado se não con a eleição do presente. De Lisboa a 10 de iulho de 72. Rey.

[Al dorso] Ao padre Francisco.